

## **LA EUCARISTÍA, FUENTE DE COMUNIÓN Y MISIÓN**

**D. Avelino Revilla**

“La Palabra proclamada, viva y eficaz, prepara la recepción del Sacramento y, en el Sacramento, esa Palabra alcanza su máxima eficacia. La evangelización requiere la familiaridad con la Palabra de Dios” (EG, 174-175).

“El encuentro con Jesús en las Escrituras nos lleva a la Eucaristía, donde esa misma Palabra alcanza su máxima eficacia, porque es presencia real del que es la Palabra viva. Allí, el único Absoluto recibe la mayor adoración que puede darle esta tierra, porque es el mismo Cristo quien se ofrece. Y cuando lo recibimos en la comunión renovamos nuestra alianza con él y le permitimos que realice más y más su obra transformadora” (GE, 157).

### **1. LA IGLESIA EN EL PLAN SALVÍFICO DE DIOS**

Quizás muchos de vosotros recordéis el eslogan de la segunda mitad del siglo pasado: “Jesús, sí; Iglesia, no”. Desgraciadamente, todavía refleja una actitud muy extendida. El misterio de la Iglesia en el plan divino de salvación resulta extraño incluso para muchos de los miembros de nuestras comunidades. Muchos cristianos se distancian por diversas razones de la comunidad eclesial. Para la Iglesia, más acuciante que la crítica desde fuera es el fenómeno de la secularización interna. ¿Cómo va a brotar una nueva energía misionera si los miembros de la Iglesia, en especial aquellos que la representan hacia fuera, están descontentos y, lejos de identificarse con la Iglesia concreta, viven en contradicción interior con ella?

La Iglesia solo puede actuar de forma atractiva e invitadora si su realidad intrínseca es presentada de forma creíble e inteligible por testigos convencidos. La Iglesia debe ser creída, vivida y realizada en la praxis de los cristianos. Si la Iglesia quiere vivir su misión y llegar en ella hasta el corazón de las personas necesita una reorientación espiritual, así como perspectivas claras e inspiradas por el núcleo del mensaje cristiano. El Papa Francisco invita a toda la Iglesia a redescubrir y visibilizar una vez más los fundamentos de la fe cristiana. Si la Iglesia quiere llevar a cabo una salida misionera, primero debe preguntarse desde qué comprensión de sí misma actúa. Sólo una Iglesia que sabe de dónde viene y para qué está en el mundo puede actuar con eficacia de manera misionera.

“La pastoral en clave de misión pretende abandonar el cómodo criterio pastoral de *siempre se ha hecho así*. Invito a todos a ser audaces y creativos en esta tarea de repensar los objetivos, las estructuras, el estilo y los métodos evangelizadores de las propias comunidades. Una postulación de los fines sin una adecuada búsqueda comunitaria de los medios para alcanzarlos está condenada a convertirse en mera fantasía. Exhorto a todos a aplicar con generosidad y valentía las orientaciones de este documento, sin prohibiciones ni miedos. Lo importante es no caminar solos, contar siempre con los hermanos y especialmente con la guía de los obispos, en un sabio y realista discernimiento pastoral” (EG, 33).

De ahí que para nosotros siga siendo una tarea primordial tener siempre en mente la imagen ideal de la Iglesia tal como Jesús la quiso, a fin de que sin cesar podamos orientar la Iglesia hacia dicha imagen armonizando su imagen con ella<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Cf. G. Augustin, *Por una Iglesia en salida con el papa Francisco*, Sal Terrae, Santander 2015, 81-84.

## 2. LA IGLESIA, MISTERIO DE COMUNIÓN

La Iglesia no es una organización internacional de desarrollo, ni una asociación da carácter social y humanitario, ni una fundación cultural provista de una tupida red de centros con la finalidad de mantener vivo el mensaje de Jesús de Nazaret y de despertar en la conciencia de los hombres unas actitudes coherentes con su estilo de vida. Reconociendo la dignidad de este tipo de instituciones, hemos de afirmar que la Iglesia es otra cosa.

La Iglesia es comunidad de cristianos y memoria creyente de Jesús; en ella está presente como fuente de esperanza, de salvación, de perdón, de amor, de paz, de vida nueva. La Iglesia es sacramento de Jesucristo resucitado; y por ello puede ser signo e instrumento de salvación eterna. Sin Jesucristo, origen y cimiento permanente de la Iglesia, ésta queda sin fundamento. La iglesia puede ser (y de hecho lo es, con sus luces y sombras, si vemos la historia) promotora de paz, de educación, de sanidad, de justicia; en una palabra, de humanidad, porque es el ámbito en que se hace posible el encuentro con Jesucristo a través de la fe y el amor. La Iglesia, siendo de orden religioso, impulsa tareas y suscita energías muy importantes para la construcción de la comunidad humana<sup>2</sup>.

Los creyentes nos lamentamos con frecuencia de que el mundo y sus medios de comunicación no vayan nunca más allá de lo que es la corteza de la Iglesia para captar también en ella el misterio de gracia que lleva dentro, su realidad espiritual; de que no vean en ella más que la dimensión política o social, y de que caigan en los “chismorreos” sobre la Iglesia, en lugar de intentar comprender su sustancia.

Lamentablemente, sabemos bien lo que entiende el mundo cuando oye pronunciar la palabra “Iglesia”: entiende el Vaticano o bien la jerarquía. Pero nosotros corremos el riesgo de ajustarnos a ese equívoco, e incluso el provocarlo. Con la Iglesia ocurre lo mismo que con las vidrieras de una catedral gótica. Si se mira desde fuera, desde la calle, la vidriera no es más que una serie de trozos de vidrio oscuro, unidos entre sí por unas tiras de plomo igual de oscuras. Pero si entramos en la catedral y miramos esa misma vidriera a contraluz, desde dentro, ¿qué magnífico espectáculo de colores, de figuras, de sentido! Tenemos que situarnos dentro de la catedral para entender su misterio.

Ha sido el Vaticano II el que ha presentado la imagen de una *Iglesia que está al servicio*, que no es capaz sino de reflejar la luz de Cristo: una Iglesia que, de acuerdo con una imagen de los Padres de la Iglesia, se parece a la luna, cuya luz procede enteramente del sol:

“Cristo es la luz de los pueblos. Por eso este sacrosanto Sínodo, reunido en el Espíritu Santo, desea vehementemente iluminar a todos los hombres con la luz de Cristo, que resplandece sobre el rostro de la Iglesia, anunciando el Evangelio a todas las criaturas. La Iglesia es en Cristo como un sacramento o signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano” (LG, 1).

En la Iglesia peregrinante comienza ya a hacerse realidad el plan de Dios para la creación, que no es otro que la participación en la vida divina, en la vida de la Trinidad. En la Iglesia consumada al final de los tiempos, este plan de salvación habrá alcanzado

---

<sup>2</sup> Cf. R. Blázquez, *La esperanza en Dios no defrauda*, BAC, Madrid 2004, 95.

su meta. Entonces se habrá desarrollado plenamente el sentido de la Iglesia: ser comunión con Dios, ser comunión de unas personas con otras en Dios.

A medida que Jesús anuncia el reino de Dios, y es acogido por los hombres a través de la conversión y la fe, se va formando una nueva familia en su entorno (cf. Mc 3, 31-35; 10, 29-30). Pero esta fraternidad cristiana no se fundamenta en la naturaleza humana sino en la fe en Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo. Dios es ante todo el Padre de Jesús; y es también nuestro Padre en la medida en que somos adoptados como hijos en el Hijo y por el Espíritu Santo podemos invocarlo con corazón filial como nuestro Padre (Abba).

Desde esta clave, hay que recordar que la comunidad de los seguidores de Jesús de Nazaret no es un conjunto de personas que se reúnen en ciertos días para determinadas actividades de tipo religioso, que se proponen unos concretos fines benéficos o educativos, que aceptan unas determinadas normas morales, que profesan un credo doctrinal concreto, etc. Ni es tampoco nuestra Iglesia un grupo de personas que se sienten amigos o simpatizantes de Jesús de Nazaret a un nivel simplemente humano y por razones estrictamente humanas: porque fue un gran bienhechor de la humanidad dando de comer a los hambrientos o curando a los enfermos; porque desenmascaró la hipocresía de los fariseos; porque purificó las actividades religiosas de los judíos; porque tuvo una ética aceptable para todo hombre honesto y recto, o porque representó una oposición valiente a los poderes constituidos.

La Iglesia es mucho más que esto. Nuestra Iglesia es ante todo un *misterio de comunión*:

“La *comunión* encarna y manifiesta la esencia misma del misterio de la Iglesia. La comunión es el fruto y la manifestación de aquel amor que, surgiendo del corazón del eterno Padre, se derrama en nosotros a través del Espíritu que Jesús nos da (Rm 5, 5), para hacer de todos nosotros *un solo corazón y una sola alma* (Hch 4, 32). Realizando esta comunión de amor, la Iglesia se manifiesta como *sacramento*, o sea, *signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad del género humano*” (Juan Pablo II, *NMI*, 42).

La comunión, que mana de Dios, toma cuerpo en las comunidades eclesiales en forma de acogida, de compartición de necesidades y bienes, de vínculos jurídicos, de confesión de la misma fe, de profesión de la misma esperanza. Toda comunidad eclesial verdadera, con sus concreciones y límites, se revela como un “sacramento” de la comunión con Dios y con los hombres<sup>3</sup>.

Efectivamente, la comunión entre los hombres, sobre todo entre sus seguidores, fue la aspiración suprema de Cristo, el signo inequívoco de su mesianidad, la forma concreta de la salvación realizada por Dios en Cristo. Jesús tuvo conciencia de que había venido a reunir lo que estaba perdido y disperso, formando un solo rebaño bajo un solo Pastor. Una vez que la mayoría de Israel, a través de sus representantes legítimos, ha rechazado a Jesús, comienza -tras la muerte de Jesús, tras la Pascua y Pentecostés- un nuevo proceso de reunificación, del que ahora forman parte judíos y paganos, que se reúnen en una fe común en el Dios único y en el único Señor y Salvador Jesucristo, en el único Espíritu Santo, y se reconocen entre sí como hermanos.

---

<sup>3</sup> Cf. R. Blázquez, *La Iglesia. Misterio, comunión, misión*, Sígueme, Salamanca 2017, 53.

La Iglesia, como pueblo de Dios reunido fraternalmente a partir de todos los pueblos, razas y generaciones, es, pues, la acción de Dios contra el caos producido por el pecado. Es comienzo, signo e instrumento de la paz y la reconciliación que Dios ha prometido y que todos anhelan. Así pues, la Iglesia misma es un fruto esencial de la actuación salvífica de Dios y, en este sentido, también un contenido de la fe. Claro que la fe es una decisión personal, insustituible, de cada persona. Ahora bien, la persona nunca está sola en su fe. Nosotros recibimos la fe de quienes han creído antes que nosotros, y en la fe estamos sostenidos por la fe de toda la comunidad de los creyentes. Se cree siempre dentro de la Iglesia y con la Iglesia.

La comunión es, pues, el don que Dios ha hecho al hombre, fruto de la iniciativa divina, que tuvo en la muerte y resurrección de Cristo su punto de partida pleno y eficaz. Así, mientras el pecado es sinónimo de división, la comunión lo es de salvación de Dios en Cristo. Por eso la Iglesia, llamada a vivir esa salvación y destinada a ofrecerla a toda la humanidad hasta el fin de los tiempos, es, en su ser más profundo, un misterio de comunión.

En su última realidad, la Iglesia es, pues, una comunidad de personas que, al sentirse llamadas a una misma fe y a una misma esperanza en virtud de un mismo y único bautismo, establecen una relación creyente con Dios y entre ellos como hijos de una misma familia encabezada por Cristo el Primogénito. Según esto, la comunión eclesial exige no sólo una dimensión horizontal, una relación de mutuo aprecio y amistad entre los creyentes, sino también, y especialmente, una dimensión vertical que funda a la primera, y que consiste en una relación de vida con Cristo. La comunión de los cristianos entre sí nace de su comunión con Cristo (Juan Pablo II).

Siendo la comunión la forma esencial de la Iglesia, la idea que en el Vaticano II la Iglesia dio de sí misma, se comprende que en la comunidad eclesial todo esté en función y al servicio de la comunión. Todo tiene como meta y objetivo central la comunión de los creyentes con Cristo y entre sí: la predicación de la Palabra, la celebración de los sacramentos, las vocaciones particulares, los diversos ministerios, los carismas, las estructuras, la organización, la legislación canónica, todo esto tiene que estar al servicio de la comunión. Una Iglesia estructuralmente perfecta, dotada de abundantes medios y ministerios, en los que no funcionara con verdad y eficacia la comunión en su doble dimensión, vertical y horizontal, no sería ciertamente la Iglesia de Jesús, o estaría muy lejos de serlo. Las palabras del Señor a este respecto son demasiado precisas para minimizar su alcance.

### **3. LA EUCARISTÍA: EXPRESIÓN DE LA COMUNIÓN EN LA IGLESIA**

La presencia de Jesús en la Iglesia alcanza su intensidad suprema en el sacramento de la Eucaristía; la memoria de Jesús muerto y resucitado se actualiza por el Espíritu Santo en la Eucaristía, que es expresión sacramental de la pascua del Señor; la comunión más íntima de cada cristiano con Jesucristo acontece en el banquete de la Eucaristía. Si no reconocemos que la Eucaristía está en el centro mismo de la Iglesia, desconoceremos realmente qué es la comunidad de los seguidores de Jesús. La eucaristía está en el corazón de la Iglesia; es el centro de gravedad de su vida y misión<sup>4</sup>.

---

<sup>4</sup> Cf. R. Blázquez, *La esperanza en Dios no defrauda*, 95-96.

Si en la Iglesia no se parte el pan de la Palabra de Dios, que ilumina y fortalece el espíritu del hombre, y si el mismo Hijo de Dios encarnado no se hace manjar para los caminantes, serán sus asambleas radicalmente vacías. Somos convocados para recibir en el templo la visita de Dios; no es un fin en sí mismos el estar reunidos. La Iglesia es un hogar donde se reúne la familia de los hijos de Dios para que alimentados con la Eucaristía puedan proseguir el camino. Al entrar en la Iglesia no somos movidos por estímulos sociales o estéticos o culturales. La conversión del hombre a Dios es inseparable de la regeneración personal y de la agregación a la Iglesia. Creer es ser agregado al grupo de los discípulos.

Al servicio de la comunión encontramos en la Iglesia un instrumento que es, por excelencia, el instrumento para la construcción de la unidad eclesial: la *Eucaristía*. La Eucaristía es fuente y cumbre de la vida y actividades de la Iglesia; a ella tiende la predicación de la Palabra de Dios y en ella culmina el catecumenado. De ella reciben vitalidad, aliento y acicate las obras de caridad, el trabajo por la solidaridad, la justicia y la paz en el mundo. Así como sin la Eucaristía todo queda descentrado y enflaquecido, ella aislada pierde contexto vital y ámbito de autenticación. La raíz y el centro de la comunidad cristiana, la fuente de la que ella nace y el culmen a que ella tiende es la celebración de la sagrada Eucaristía<sup>5</sup>. H. de Lubac acuñó la famosa y atinada fórmula: “La Iglesia hace la eucaristía, la eucaristía hace la Iglesia”.

La celebración de la *Cena del Señor* nos introduce en el memorial del Cenáculo como anticipo de lo que va a ser la muerte y resurrección del Señor. El Cenáculo es el lugar de la institución de la Eucaristía. En ella se anticipaba sacramentalmente los acontecimientos que tendrían lugar poco más tarde, a partir de la agonía en Getsemaní. Es, sin duda, para Jesús un punto culminante, esperado y anhelado por él desde hacía tiempo, hora suprema y definitiva de su existencia terrena. En la última cena Jesús, al instituir la eucaristía, instituye la Iglesia: no es puro azar que eligiese el banquete pascual como marco de su entrega. Resulta así muy clara su intención de sustituir el memorial pascual de la antigua alianza, fuente del antiguo Israel, por el memorial de la nueva alianza en su sangre, fuente del nuevo Israel, la Iglesia.

En la Última Cena, Jesús hace comprender a sus discípulos todo el alcance del amor que ha venido a instaurar en el mundo: “os doy un mandamiento nuevo: amaos los unos a los otros como yo os he amado” (Jn 13, 34). Sobre la mesa puesta, pan y vino. Jesús y los apóstoles alrededor de la mesa. Esa noche, sin embargo, el Señor habla como jamás lo había hecho y realiza unos gestos que nunca antes nadie había realizado. Los discípulos viven con el Maestro un tiempo de amor intenso, pero también la hora de la angustia y de las tinieblas. “Llegada la hora, Jesús se puso a la mesa con sus discípulos. Y les dijo: ¡Cuánto he deseado celebrar esta pascua con vosotros antes de morir! (Lc 22, 14).

Es entonces cuando Jesús realiza dos gestos acompañados de la recitación de unas palabras. No es mucho, pero es lo suficiente para que la Iglesia viva de ellas hasta el día en que él vuelva para poner fin a la historia. En la eucaristía se encuentra como concentrada la historia entera de Dios con los hombres. En ella toda la creación encuentra

---

<sup>5</sup> Cf. *Ibid.*, 98.

su centro. Allí donde el pan y el vino son transformados en él, Cristo penetra en el corazón mismo de la materia y la coloca en el camino de la resurrección.

Desde entonces, el Señor, en cada celebración eucarística, viene a nuestro encuentro, nos saluda con su paz, nos consuela con su presencia, nos hace partícipes de su victoria sobre el pecado y la muerte, nos alimenta con su Cuerpo y con su Sangre, vena las heridas de la fraternidad, urge el amor, fortalece nuestra fe y nuestra esperanza y nos alienta en los trabajos apostólicos. La Eucaristía rehace a cada cristiano y edifica constantemente a la Iglesia.

La comunión eclesial y la eucaristía son realidades inseparables. “La participación en el cuerpo y la sangre de Cristo hace precisamente que nos convirtamos en aquello que recibimos” (LG, 26). La eucaristía apunta a la unidad de la Iglesia. Donde se predica el evangelio y se celebra la cena del Señor está presente la verdadera y única Iglesia de Jesucristo. El cristiano que vive la eclesialidad en una comunidad determinada, está a partir de ella en comunión con la Iglesia universal. Una comunidad cerrada se convierte en secta. En cada comunidad de fieles está presente y se manifiesta, actúa y realiza, la única Iglesia de Jesucristo. De este modo, a partir de la Iglesia local comprendemos que la Iglesia universal sea comunión de Iglesias.

#### 4. DIMENSIONES Y CAMINOS DE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN

En el mandato misionero del Resucitado que nos es transmitido por el Evangelio de Mateo (Mt 28, 19-20) pueden diferenciarse cuatro dimensiones; la primera, *misionera*: “Id a todos los pueblos”; la segunda, *pastoral*: “Haced discípulos”; la tercera, *litúrgica*: “Bautizadlos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; y la última, *profética*: “Enseñadles a cumplir cuanto os he enseñado”.

Respecto a la *dimensión misionera*, el Dios en el que creemos no solo es el Dios de los cristianos, sino el Dios de todos los seres humanos. Este Dios es, como confesamos los cristianos en el *credo*, “el Creador del cielo y la tierra”. En consecuencia, el mensaje de Dios no está destinado a un círculo determinado, sino a toda la humanidad.

Respecto a la *dimensión pastoral*, hemos de señalar que la vocación de los doce apóstoles nace de la noche de oración de Jesús. Esto significa que al igual que Jesús inauguró con un gesto simbólico la Iglesia como pueblo de Dios, así también en la actualidad la obtención de nuevos discípulos para Jesús acontecerá inicialmente en un clima de oración. “La mies es abundante, pero los trabajadores son pocos; rogad, pues, al Señor de la mies que mande trabajadores a su mies” (Mt 9, 37-38). También en la actualidad debe ser la oración el centro íntimo de la evangelización, a fin de que seamos conscientes de que no somos nosotros quienes ganamos personas para Cristo, sino que las recibimos de Dios.

Evangelizar quiere decir, por tanto, enseñar a orar a las personas. La nueva evangelización ha de ser sobre todo “escuela de oración” (W. Kasper). A la luz de la oración debe quedar claro que la evangelización y la transmisión de la fe solo acontecen en libertad y solo pueden dirigirse a la libertad de los otros. Juan Pablo II afirmó que el la fe se propone, nunca se impone. Y Benedicto XVI afirmó “la fe solo puede desarrollarse en la libertad. Pero a la libertad del hombre le pedimos que se abra a Dios,

que lo busque, que lo escuche”. Y citando a Benedicto XVI, Francisco ha escrito: “La Iglesia no crece por proselitismo, sino por atracción” (EG, 14).

Si nos fijamos en la vida de Jesús, constatamos que “llamó a los que quiso e instituyó doce para que estuvieran con Él y para enviarlos a predicar” (Mc 3, 13-14). Esto significa que la llamada para estar con Jesús es previa a la llamada para ser enviados al mundo. La misión de Jesús tiene por meta la *comuni3n* de los hombres con Dios y de los hombres entre sí. En consecuencia, nunca se puede ser discípulo de Jesús solo para uno mismo, sino siempre como miembro de esa nueva familia de Dios que Jesús ha fundado y a la que pertenecen todos sus seguidores. Esta co-pertenencia la formuló más tarde Tertuliano en una expresi3n que se ha hecho clásica: *un cristiano solo no es cristiano*, porque únicamente se puede ser cristiano en la comunidad de seguimiento de Jesucristo. Por eso, la nueva evangelizaci3n no puede darse por satisfecha con guiar a las personas a la comunidad con Jesucristo, sino que debe invitarlas asimismo a convertirse en miembros del cuerpo de Cristo incorporándose a la comunidad de fe que es la Iglesia.

Respecto a la *dimensi3n litúrgica*, el mandato de bautizar a los que se conviertan, significa que esta conversi3n debe adoptar la forma del *catecumenado*, en el que puede madurar aquel hombre nuevo que en el bautismo emerge del agua pascual, lo cual obliga a la Iglesia a ser una comunidad de vida en la que sea posible la conversi3n.

Por último, respecto a la *dimensi3n profética*, de cara a la nueva evangelizaci3n tiene una importancia fundamental el hecho de que la fe cristiana sea percibida hoy por las personas realmente como *evangelio*, buena noticia, y, por consiguiente, como habilitaci3n para alegrarse en la vida. Así lo expresa el Papa Francisco al comienzo de *Evangelii gaudium*, “La alegrí3a del Evangelio llena el coraz3n y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vací3o interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegrí3a” (nº 1). Si la nueva evangelizaci3n consiste esencialmente en llevar a los hombres la palabra de Dios y, por consiguiente, al propio Dios vivo, quienes desempeñan este servicio deben ser antes de nada ellos mismos destinatarios de la palabra de Dios y apropiársela en su propia vida<sup>6</sup>.

## 5. LA IGLESIA PARTICULAR AL SERVICIO DE LA NUEVA EVANGELIZACI3N

La evangelizaci3n de nuestra cultura ambiente, es decir, el encuentro del Evangelio con los hechos y prácticas de la colectividad a la que pertenecemos, se realiza por medio de la Iglesia particular. Así, la doctrina conciliar viene a recordarnos que:

“las Iglesias particulares reciben de las costumbres y tradiciones de sus pueblos, de su sabidurí3a y doctrina, de sus artes e instituciones, todo aquello que puede contribuir a confesar la gloria de Dios, a ensalzar la gracia del Salvador y a ordenar debidamente la vida cristiana” (AG, 22).

La Iglesia no se anuncia a sí misma, sino que tiene un bello y positivo mensaje que anunciar: el Evangelio. La misi3n de la Iglesia consiste en dar rostro a Cristo y su mensaje y acercárselo a las personas que aún no lo conocen en su significado profundo o

---

<sup>6</sup> Cf. K. Koch, “Misi3n o des-misi3n de la Iglesia”, en G. Augustin (Ed.), *El desafío de la nueva evangelizaci3n. Impulsos para la revitalizaci3n de la fe*, Sal Terrae, Santander 2012, 57-77.

que los han perdido por diferentes circunstancias. Esta tarea no puede ser realizada por una comunidad eclesial que se halla referida a sí misma y gira en torno a sí misma. Toda renovación ha de comenzar por la oración y la profundización en la relación con Dios, a fin de que, como creyentes individuales y como comunidad de los creyentes, nos configuremos con Cristo. Una *Iglesia en salida* es, antes de nada, una Iglesia cuyos miembros salen en común hacia Dios. Quien se pone en camino hacia Cristo encontrará también el camino hacia los hombres; pues allí donde estos perciben que no actuamos por iniciativa propia, sino que somos enviados de Cristo, allí se hace patente que no queremos otra cosa que hacer perceptible y experimentable el amor de Dios<sup>7</sup>.

Cuando hablamos de Iglesia particular o local<sup>8</sup> hacemos referencia a una célula viviente del Pueblo de Dios que refleja y actúa la vida y la misión de la Iglesia en un lugar determinado y en un contexto particular. Es, por tanto, la realización local del misterio de la Iglesia<sup>9</sup>. Ha sido el Concilio Vaticano II el que ha redescubierto el valor teológico y pastoral de la Iglesia particular. Esta nueva conciencia de Iglesia local no estaba explicitada en la eclesiología anterior, en la que predominaba una visión más jurídica y societaria, centrada en la autoridad suprema del Papa que, como pastor universal, tenía representantes de su ministerio en cada una de las diócesis. Desde la nueva perspectiva conciliar, la realidad de la Iglesia brota y se constituye en las comunidades locales concretas que, en su comunión, forman la Iglesia universal<sup>10</sup>. Es así como se recoge en el n° 11 del decreto conciliar *Christus Dominus*:

“La diócesis es una porción del Pueblo de Dios que se confía a un obispo para que la apaciente con la colaboración de su presbiterio. Así, unida a un pastor, que la reúne en el Espíritu Santo por medio del Evangelio y la Eucaristía, constituye una Iglesia particular. En ella está verdaderamente presente y actúa la Iglesia de Cristo una, santa, católica y apostólica”.

Esta definición presenta los elementos constitutivos de la Iglesia particular e indica al mismo tiempo su articulación. Dichos elementos la obligan a vivir en comunión: el evangelio no es su propiedad, sino el objeto de recepción y tradición; el conjunto de los dones del Espíritu no se encuentra sino en el conjunto de las Iglesias; la eucaristía hace de las Iglesias un sólo cuerpo; el ministerio episcopal expresa visiblemente la comunión entre las Iglesias. Resulta, pues, evidente que si una Iglesia local se creyera autosuficiente, ya no podría presentarse como una manifestación plena de la Iglesia de Dios<sup>11</sup>. Por tanto, aunque la Iglesia particular no debe ser entendida como una circunscripción administrativa de la Iglesia total, en el corazón de cada Iglesia particular está presente en principio toda la Iglesia universal.

## 6. PARROQUIA EVANGELIZADORA

<sup>7</sup> Cf. G. Augustin, *op. cit.*, 120.

<sup>8</sup> Cf. B. Forte, *La Iglesia de la Trinidad*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1996, 221: “El Vaticano II utiliza de forma prácticamente equivalente las expresiones *Ecclesia localis* y *Ecclesia particularis*, con una cierta preferencia por esta segunda, como para subrayar que la Iglesia particular no es necesariamente local o territorial”.

<sup>9</sup> Cf. E. Bueno, *Eclesiología*, BAC, Madrid 1998, 99.

<sup>10</sup> Cf. Julio A. Ramos, *Teología pastoral*, BAC, Madrid 1995, 300-301.

<sup>11</sup> Cf. H. Legrand, “La Iglesia local”, en B. Lauret – F. Refoulé, *Iniciación a la práctica de la teología*, vol. 2, Cristiandad, Madrid 1985, 161-162.



La Iglesia comenzó su andadura como comunión de comunidades domésticas bajo la responsabilidad del obispo -ayudado por su colegio presbiteral y sus diáconos-. La parroquia, con su presbítero al frente, surgió para adaptar la primitiva acción pastoral urbana a las zonas rurales recién evangelizadas. Desde el siglo IV, cuando aparecen las parroquias rurales con una organización permanente, hasta nuestros días, la parroquia ha sufrido muchas transformaciones, lo cual no la impide ser la institución principal de la acción pastoral donde se desarrolla cuantitativamente la vida cristiana y el canal más importante de información y comunicación en la Iglesia<sup>12</sup>. La parroquia, aunque ha sido sacudida por el fenómeno de la urbanización, sigue siendo “una referencia importante para el pueblo cristiano, incluso para los no practicantes (...). Ella es una casa de familia, fraternal y acogedora, donde los bautizados y los confirmados toman conciencia de ser pueblo de Dios”<sup>13</sup>. La parroquia, desde su nacimiento, lleva en su esencia la prolongación de la Iglesia particular y de la eucaristía episcopal, que se despliega para que la realidad eclesial sea realmente una experiencia concreta. Esta estrecha vinculación a la diócesis es destacada por el Vaticano II: la parroquia es célula de la Iglesia local (AA, 10); hace visible en su lugar a la Iglesia universal (LG, 28); representa a la Iglesia visible extendida por todo el mundo (SC, 42); el presbítero hace presente al obispo en cada congregación local de fieles (PO, 5)<sup>14</sup>.

Como han puesto de manifiesto distintos congresos y estudios dedicados a la dimensión evangelizadora de la parroquia, partimos de la convicción de que difícilmente se puede revitalizar el dinamismo misionero de la Iglesia sin renovar la parroquia, que es una de sus manifestaciones más significativas y necesarias<sup>15</sup>. Si la parroquia quiere evangelizar de manera creíble, necesita autoevangelizarse a través de una conversión y renovación profundas.

Dos son las coordenadas que enmarcan la renovación de la parroquia a favor de un nuevo impulso evangelizador:

a) *la recuperación de la centralidad de la Iglesia particular*, de donde reciben las parroquias su eclesialidad;

b) *la cultura de la increencia*, que se extiende por nuestras sociedades del bienestar, y que obliga a las parroquias a redefinir sus tareas de cara a este nuevo interlocutor.

Respecto a la *primera*, hemos de afirmar que la Iglesia particular es una comunidad evangelizadora completa, puesto que en ella se concretan las fases de toda evangelización de la que hablan los nn. 17-24 de la *Evangelii nuntiandi*: anuncio, testimonio, iniciación, celebración, transformación de la humanidad. Respecto a la *segunda*, que todos los estudios e investigaciones sobre la sociedad occidental en general -y la española en particular- recogen, destaca la increencia como un rasgo que la define. Se trata no tanto de un rechazo abierto y sistemático de Dios cuanto de una actitud de indiferencia y falta de sensibilidad ante el planteamiento mismo de su existencia. Algo que, no lo olvidemos, está afectando de manera singular a los jóvenes, pues, “se mire como se mire la aceptación de la idea, concepto o realidad de un Dios trascendente

<sup>12</sup> Cf. C. Floristán, *Teología práctica*, Sígueme, Salamanca 2002, 670-671.

<sup>13</sup> Juan Pablo II, *Catechesi tradendae*, nº 67.

<sup>14</sup> Cf. E. Bueno, *op. cit.*, 113.

<sup>15</sup> Cf. M. Payá, “Presentación”, en *Congreso Parroquia evangelizadora*, Edice, Madrid 1989, 15.

desciende porcentualmente. Hoy hay menos jóvenes creyentes en Dios que hace cinco o diez años. Pero el descenso es mayor a medida que se concreta quién es ese Dios en la modalidad del Dios cristiano”<sup>16</sup>.

Tres son los campos que la Iglesia particular encomienda a la comunidad parroquial<sup>17</sup>:

a) *la globalidad de la acción pastoral*, por la cual a la parroquia le corresponden todos los niveles de creyentes, que encuentran en ella lo imprescindible para vivir su fe, así como todo lo que se refiere a la vida cristiana en sus dimensiones de comunión, servicio, transmisión de la fe y liturgia.

b) *la territorialidad*, gracias a la cual la comunidad cristiana toma cuerpo encarnándose en un elemento humano tan irrelevante como el territorio, a la vez que éste es recuerdo permanente de unos hombres que, en ese territorio concreto, son objeto de la misión de la Iglesia y señala quiénes y cuál es la comunidad concreta al que le corresponde esa tarea. Al dar prioridad al territorio, estamos afirmando la superación de todo elitismo, la apertura al pueblo. La parroquia se constituye como una comunidad institucionalizada, variopinta, plural, abierta a personas muy diferentes y a pequeñas comunidades también abiertas. La territorialidad también conlleva un “cristianismo sin adición”, sin añadidura. Si pretendo formar parte de una asociación cristiana, además de ser cristiano y bautizado, tengo que aceptar una serie de requisitos de esa asociación. Por el contrario, cuando voy a mi parroquia, solamente se me pide ser bautizado y vecino. Cristiano sin otros añadidos o pretensiones. En la ciudad, uno puede pertenecer jurídicamente por domicilio a una parroquia y, sin embargo, estar adscrito vitalmente a otra parroquia. Y esto porque es un territorio abierto; porque no exige identificación<sup>18</sup>.

c) *la maternidad cristiana de la parroquia*, referida a la tarea de la iniciación cristiana que la Iglesia particular encomienda a la comunidad parroquial precisamente por su carácter de globalidad. Si la iniciación cristiana quiere introducir a la plenitud del misterio y de la misión eclesial a los nuevos creyentes, solamente puedo hacerlo allí donde la globalidad de la vida cristiana está y se manifiesta. Esto no significa que la tarea única de la parroquia sea la de los procesos catecumenales, sino la de una plenitud de vida cristiana que la hace solamente a ella apta para que allí se realice la iniciación. Por ello, la parroquia es especialmente manifestación y realización de la maternidad eclesial que engendra continuamente nuevos miembros a la fe. En esta misma línea, la Conferencia Episcopal Española afirma lo siguiente:

“La parroquia, constituida de modo estable en la Iglesia particular, es el lugar privilegiado donde se realiza la comunidad cristiana (...). A pesar de las dificultades que a veces se presentan hoy, es necesario que la comunidad parroquial asuma con responsabilidad la tarea eclesial de la renovación y revitalización de sí misma, creando espacios de acogida y de evangelización”<sup>19</sup>.

Es verdad que la parroquia nunca abandonará, como tarea propia, el cuidado pastoral de los que ya son cristianos, para que no pierdan su fe, para que no se deterioren.

<sup>16</sup> J. Elzo, “Aspectos de la religiosidad de los jóvenes”, en *Documentación social* 124 (2001), 103.

<sup>17</sup> Para lo que sigue, cf. Julio A. Ramos, *op. cit.*, 338-348.

<sup>18</sup> Cf. L. Trujillo, “La parroquia, Iglesia de Cristo en un lugar”, en Archidiócesis de Valencia, *Parroquia y nueva evangelización*, (8-9 noviembre de 2013).

<sup>19</sup> Cf. CEE, *La Iniciación cristiana. Reflexiones y orientaciones*, Edice, Madrid 1999, nº 33.

Por eso, la pastoral parroquial seguirá siendo inseparable de la acogida, de recibir al que viene, personalmente, con afecto, con misericordia y con todo el respeto. No olvidemos lo que nos recuerda Francisco: “la Iglesia no es una aduana, es la casa paterna donde hay lugar para cada uno con sus vidas a cuestas” (EG, 47).

El ámbito parroquial ofrece hoy grandes posibilidades para impulsar la nueva evangelización, pero también hemos de señalar las limitaciones que urgen a extender la acción evangelizadora más allá de la parroquia. Si por un lado ésta es la comunidad que, al estar arraigada en un territorio determinado, mejor asegura la consolidación y continuidad de la vida cristiana en un lugar, la manifestación visible más concreta de la Iglesia de donde les puede llegar el anuncio y la interpelación de Jesucristo, también es cierto que la parroquia no puede promover adecuadamente una acción evangelizadora en determinados ambientes -como el mundo estudiantil y el universitario-, que quedan lejos de la pastoral parroquial y exigen un estilo de presencia capaz de ejercer una acción transformadora<sup>20</sup>.

La parroquia no puede ser lugar de refugio. Lugar de acogida, sí; lugar de atención pastoral, también; lugar de fraternidad y de comunión, también; pero todo ello para constituirse en plataforma de *salida misionera*. O el dinamismo misionero pasa a primer plano o, de lo contrario, la parroquia no servirá a lo que hoy pide la Iglesia como antaño sirvió<sup>21</sup>. Por tanto, podemos decir que la parroquia es necesaria, pero no es absoluta en el interior de la vida de la Iglesia. Convive con otras realidades pastorales a las que la Iglesia diocesana encomienda tareas diferentes en la obra de evangelización.

El papa Francisco en su escrito programático, *Evangelii gaudium*, “espera que todas las comunidades procuren poner los medios necesarios para avanzar en el camino de una conversión pastoral y misionera, que no pueda dejar las cosas como está. Ya no nos sirve una *simple administración*” (nº 25). El objetivo de la reforma es claro: que toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la autopreservación eclesial. El Papa quiere que todas las estructuras en la Iglesia se vuelvan más misioneras:

“La reforma de estructuras que exige la conversión pastoral solo puede entenderse en este sentido: procurar que todas ellas se vuelvan más misioneras, que la pastoral ordinaria en todas sus instancias sea más expansiva y abierta, que coloque a los agentes pastorales en constante actitud de salida y favorezca así la respuesta positiva de todos aquellos a quienes Jesús convoca a su amistad” (EG, 27).

Y cuando se refiere a la parroquia señala lo siguiente:

“La parroquia no es una estructura caduca; precisamente porque tiene una gran plasticidad, puede tomar formas muy diversas que requieren la docilidad y la creatividad misionera del Pastor y de la comunidad. Aunque ciertamente no es la única institución evangelizadora, si es capaz de reformarse y adaptarse continuamente, seguirá siendo «la misma Iglesia que vive entre las casas de sus hijos y de sus hijas». Esto supone que realmente esté en contacto con los hogares y con la vida del pueblo, y no se convierta en una prolija estructura separada de la gente o en un grupo de selectos que se miran a sí mismos. La parroquia es presencia eclesial en el territorio, ámbito de la escucha de la Palabra, del crecimiento de la vida cristiana, del diálogo, del anuncio, de la caridad

<sup>20</sup> Cf. Congreso “Pastoral evangelizadora”, 137-138.

<sup>21</sup> Cf. L. Trujillo, *op. cit.*, 49.

generosa, de la adoración y la celebración. A través de todas sus actividades, la parroquia alienta y forma a sus miembros para que sean agentes de evangelización. Es comunidad de comunidades, santuario donde los sedientos van a beber para seguir caminando, y centro de constante envío misionero. Pero tenemos que reconocer que el llamado a la revisión y renovación de las parroquias todavía no ha dado suficientes frutos en orden a que estén todavía más cerca de la gente, que sean ámbitos de viva comunión y participación, y se orienten completamente a la misión” (EG, 28).

De las aportaciones explícitas de Francisco sobre la parroquia destacamos en primer lugar que tiene aún permanente validez: “no es una estructura caduca”. Pero pone a su vez la condición de esa permanente validez: no es caduca si se renueva, “si es capaz de reformarse y adaptarse continuamente”. Lo puede hacer partiendo de la “gran plasticidad que tiene”. Una plasticidad que “le permite tomar formas muy diversas”. Y a su vez exige a los pastores y a la comunidad una verdadera “creatividad misionera”. Casi como si dijera: si el pastor y la comunidad se han puesto afectiva y efectivamente en clave misionera, la renovación de la parroquia será un hecho. Ahora bien, si a la hora de la concreción no hay nuevas actitudes, las reformas pueden quedarse en meras fantasías, pues el papel lo aguanta todo.

Pero Francisco ofrece también en el texto anterior los criterios de discernimiento que le llevan al reconocimiento de la insuficiencia de los frutos en la renovación parroquial: a) la cercanía de la parroquia a la gente; b) su identidad como lugar de comunión y participación; c) la completa orientación a la misión

## **7. PAUTAS DE ACTUACIÓN PARA RENOVAR LAS PARROQUIAS SEGÚN LA *EVANGELII GAUDIUM*<sup>22</sup>**

Uno de los retos importantes de la nueva evangelización es la transformación de nuestras parroquias, lo que significa la conversión de nuestros valores. La renovación de nuestras parroquias nunca se conseguirá por un mero cambio de dirección postal o por mover los muebles de sitio. Nuestra tarea en las parroquias es permitir que el Señor nos haga *vino nuevo* para el hermoso *odre nuevo* que hemos recibido.

7.1. Si queremos renovar nuestras parroquias y crear un nuevo estilo pastoral es necesario *superar todo clericalismo*. El Papa Francisco desea la participación de todo el pueblo de Dios:

“Los laicos son simplemente la inmensa mayoría del Pueblo de Dios. A su servicio está la minoría de los ministros ordenados. Ha crecido la conciencia de la identidad y la misión del laico en la Iglesia. Se cuenta con un numeroso laicado, aunque no suficiente, con arraigado sentido de comunidad y una gran fidelidad en el compromiso de la caridad, la catequesis, la celebración de la fe. Pero la toma de conciencia de esta responsabilidad laical que nace del Bautismo y de la Confirmación no se manifiesta de la misma manera en todas partes (...). Se limita muchas veces a las tareas intraeclesiales sin un compromiso real por la aplicación del Evangelio a la transformación de la sociedad (EG, 102).

El *clericalismo* no es otra cosa que la apropiación de lo que es propio de todos los bautizados por parte de la casta clerical. Si en virtud de su bautismo todos los católicos están llamados a la santidad y a la misión, a la tarea de dar testimonio de

---

<sup>22</sup> Para este apartado sigo, fundamentalmente, a J. P. García Maestro, *La opción misionera renovará la Iglesia*, San Pablo, Madrid 2018, 84-85.

Cristo, a evangelizar, a ser discípulos misioneros, el clericalismo es, en definitiva, la supresión de la identidad bautismal. Esto conlleva el aislamiento del clero y la inmadurez de los bautizados. Para el Papa Francisco, el clericalismo es una de las tentaciones de la Iglesia contra la formación de los discípulos misioneros. En la mayoría de los casos, señala, se trata de una complicidad pecadora: el cura clericaliza y el laico le pide por favor que lo clericalice<sup>23</sup>.

- 7.2. Un *Iglesia autorreferencial*, que gira alrededor de sí misma, es una Iglesia enferma. La alternativa sólo puede ser una *Iglesia misionera*, en salida, que salga no sólo a las periferias de las ciudades, sino también a las periferias de la existencia humana. Los males que, a lo largo del tiempo, se dan en las instituciones eclesiales tienen su raíz en la autorreferencialidad, una suerte de narcisismo teológico. La Iglesia autorreferencial pretende mantener a Jesucristo dentro de ella y no dejarle salir. La Iglesia, cuando es autorreferencial, sin darse cuenta, cree que tiene luz propia. Vive para darse gloria unos a otros. A una Iglesia que se limita a administrar el trabajo parroquial, que vive encerrada en su comunidad, le pasa lo mismo que a una persona encerrada: se atrofia física y mentalmente.

En la situación actual es sumamente importante que las personas dejen de vincular la fe y la Iglesia solamente con mandamientos y prohibiciones. Una pastoral en clave misionera:

“no se obsesiona por la transmisión desarticulada de una multitud de doctrinas que se intenta imponer a fuerza de insistencia. Cuando se asume un objetivo pastoral y un estilo misionero, que realmente llegue a todos sin excepciones ni exclusiones, el anuncio se concentra en lo esencial, que es lo más bello, lo más grande, lo más atractivo y al mismo tiempo lo más necesario” (EG, 35).

- 7.3. Redescubrimiento del *primer anuncio* o *kerigma* como centro de toda actividad evangelizadora (EG, 164). El kerigma es el centro de la predicación cristiana. Su contenido es la muerte y resurrección de Jesucristo y la donación de su Santo Espíritu como acontecimiento salvador que es propuesto a la aceptación del que escucha dicho anuncio. La proclamación de este anuncio, acompañada del testimonio de vida del que lo proclama, lleva consigo una fuerza que impacta en el corazón de cada oyente y le pone en la alternativa de abrirse o cerrarse al mensaje que se le está proponiendo. Este primer anuncio es la *puerta de entrada* a la experiencia cristiana, puerta experiencial, vital, por la que hay que pasar. La puerta de entrada a la experiencia cristiana es un *relato*, y traspasar la puerta quiere decir en primera instancia entrar en el relato, implicarse personalmente en él. Ahora bien, como escribió Pablo VI en EN, 22, junto al *kerigma* se necesitan otros elementos para el desarrollo del proceso evangelizador: la apertura del corazón, la entrada en la comunidad, la recepción de los sacramentos... Mientras el *primer anuncio* pretende suscitar el nacimiento de la fe en Jesucristo, a la *catequesis* corresponde el crecimiento de dicha fe, propiciar la relación de comunión e intimidad con Jesucristo<sup>24</sup>. La catequesis busca, como su nombre indica, hacer resonar el grito, el primer anuncio, el kerigma. Si no hay grito no

<sup>23</sup> Cf. J. Mallon, *Una renovación divina. De una parroquia de mantenimiento a una parroquia misionera*, BAC 2015, 73-75.

<sup>24</sup> Cf. X. Morlans, *El primer anuncio. El eslabón perdido*, PPC, Madrid 2015, 44-59.

puede haber eco. Si no hay kerigma la catequesis no se entenderá. Por eso, ya Juan Pablo II, en *Catechesi Tradendae*, decía que dado el nivel de secularización de los países europeos, las primeras catequesis han de ser catequesis *kerigmáticas*. El Papa Francisco nos recuerda que la centralidad del *kerigma* demanda ciertas características del anuncio que hoy son necesarias en todas partes:

“que exprese el amor salvífico de Dios previo a la obligación moral y religiosa, que no imponga la verdad y que apele a la libertad, que posea unas notas de alegría, estímulo, vitalidad, y una integralidad armoniosa que no reduzca la predicación a unas pocas doctrinas a veces más filosóficas que evangélicas. Esto exige al evangelizador ciertas actitudes que ayuden a acoger mejor el anuncio: cercanía, apertura al diálogo, paciencia, acogida cordial que no condena” (EG, 165).

#### 7.4. *Acompañamiento personal de los procesos de crecimiento.*

“Más que nunca, nos dice Francisco, necesitamos de hombre y mujeres que, desde su experiencia de acompañamiento, conozcan los procesos donde campea la prudencia, la capacidad de comprensión, el arte de esperar, la docilidad al Espíritu, para cuidar entre todos a las ovejas que se nos confían de los lobos que intentan disgregar el rebaño (...). De ahí que haga falta una pedagogía que lleve a las personas, paso a paso, a la plena asimilación del misterio (...). La propia experiencia de dejarnos acompañar y curar, capaces de expresar con total sinceridad nuestra vida ante quien nos acompaña, nos enseña a ser pacientes y compasivos con los demás y nos capacita para encontrar las maneras de despertar su confianza, su apertura y su disposición para crecer” (EG, 171-172).

#### 7.5. Las categorías de *comunión* y *pueblo de Dios* aplicadas a la Iglesia son centrales en la *Evangelii gaudium*.

“El predicador necesita también poner un oído *en el pueblo*, para descubrir lo que los fieles necesitan escuchar. Un predicador es un contemplativo de la Palabra y también un contemplativo del pueblo. De esa manera, descubre las aspiraciones, las riquezas y los límites, las maneras de orar, de amar, de considerar la vida y el mundo, que distinguen a tal o cual conjunto humano, prestando atención al pueblo concreto con sus signos y símbolos, y respondiendo a las cuestiones que plantea” (EG, 154).

#### 7.6. Rechazo de la *mundanidad espiritual*. Como no podía ser de otra forma, el Papa Francisco rechaza que la Iglesia se adapte al *statu quo*.

“La mundanidad espiritual, que se esconde detrás de apariencias de religiosidad e incluso de amor a la Iglesia, es buscar, en lugar de la gloria del Señor, la gloria humana y el bienestar personal. Es un modo sutil de buscar sus propios intereses y no los de Cristo Jesús. Toma muchas formas, de acuerdo con el tipo de personas y con los estamentos en los que se enquista. Por estar relacionada con el cuidado de la apariencia, no siempre se conecta con pecados públicos, y por fuera todo parece correcto. Pero, si invadiera la Iglesia, sería infinitamente más desastrosa que cualquier otra mundanidad simplemente moral” (EG, 93).

#### 7.7. *Dios nos primerea, es decir, Dios nos precede*. La gratuidad de Dios, su gracia, se adelanta. Si la actitud de Dios es *primerear*, esa misma actitud es la que tiene que caracterizar a todo cristiano y a la Iglesia hoy. Que vayamos siempre por delante en nuestro encuentro hacia los demás. No esperemos que los demás den

el primer paso. La parroquia en salida es la comunidad de discípulos misioneros que primerean, que se involucran, que acompañan, que fructifican y festejan.

“La comunidad evangelizadora experimenta que el Señor tomó la iniciativa, la ha primereado en el amor; y, por eso, ella sabe adelantarse, tomar la iniciativa sin miedo, salir al encuentro, buscar a los lejanos y llegar a los cruces de los caminos para invitar a los excluidos. Vive un deseo inagotable de brindar misericordia, fruto de haber experimentado la infinita misericordia del Padre y su fuerza difusiva. ¡Atrevámonos un poco más a primerear! Como consecuencia, la Iglesia sabe involucrarse” (EG, 24).

7.8. La parroquia se debe involucrar en un *compromiso social de la fe*. El Papa Francisco llama a la Iglesia a realizar su misión salvífica en el mundo como un *camino dialogal*. Una Iglesia en camino de evangelización debe entablar diálogo con las culturas y sociedades existentes en el mundo. El Papa Francisco ve este camino dialogal de la Iglesia como parte de la dimensión social de la evangelización y como contribución a la paz en el mundo. En el contexto de una sociedad secular y plural ya no resulta obvio ser cristiano; pero, a su vez, formamos parte de esta sociedad y de su cultura secular. Nuestra principal tarea consiste en ofrecer respuestas a la pregunta por la identidad y la relevancia de la fe cristiana. Si se acomoda en exceso a las expectativas e ideas habituales, la fe corre peligro de perder su *identidad* y, con ella, también su relevancia. Si, por el contrario, movida por el miedo, se aísla en torno a su identidad, no cumple en último término con el encargo de presencia en el mundo que le ha sido encomendado ni conserva su *relevancia* para los seres humanos en la actualidad<sup>25</sup>.

7.9. Hacer frente a *algunas tentaciones* que acechan a los agentes pastorales. La *primera* que señala es bastante común en los países del mundo occidental:

“Hoy se puede advertir en muchos agentes pastorales, incluso en personas consagradas, una preocupación exacerbada por los espacios personales de autonomía y de distensión (...). Así pueden advertirse en muchos agentes evangelizadores, aunque oren, una acentuación del individualismo, una crisis de identidad y una caída del fervor. Son tres males que se alimentan entre sí” (EG, 78).

La *segunda* hace referencia a la acedia pastoral:

“El problema no es siempre el exceso de actividades, sino sobre todo las actividades mal vividas, sin las motivaciones adecuadas, sin una espiritualidad que impregne la acción y la haga deseable (...). El inmediatismo ansioso de estos tiempos hace que los agentes pastorales no toleren un aparente fracaso, una cruz” (EG, 82).

La *tercera*, el pesimismo que reina entre nosotros:

“Una de las tentaciones más serias que ahogan el fervor y la audacia es la conciencia de derrota que nos convierte en pesimistas quejosos y desencantados con cara de vinagre” (EG, 85). “Un evangelizador no debería tener permanentemente cara de funeral” (EG, 10).

---

<sup>25</sup> CF. G. Augustin, *Por una Iglesia en salida con el Papa Francisco. Impulsos de la exhortación apostólica Evangelii gaudium*, Sal Terrae, Santander 2015, 138-139.

## 8. DOCE MOTIVACIONES PARA UN RENOVADO IMPULSO MISIONERO<sup>26</sup>

Todo lo anterior difícilmente podremos realizarlo si lo vivimos como una obligación pesada que simplemente se tolera, o se sobrelleva como algo que contradice las propias inclinaciones y deseos. Ninguna motivación será suficiente si no arde en los corazones el fuego del Espíritu. Una evangelización con espíritu es una evangelización con Espíritu Santo, ya que Él es el alma de la Iglesia evangelizadora.

“Yo soy una misión en esta tierra, y para eso estoy en este mundo. Hay que reconocerse a sí mismo como marcado a fuego por esa misión de iluminar, bendecir, vivificar, levantar, sanar, liberar” (EG, 273).

La gran visión de *Evangelii gaudium* consiste en poner a la Iglesia y a todos los cristianos en estado de misión permanente: una salida que solo podemos realizar con éxito si confiamos conjuntamente en el dueño de la mies y estamos dispuestos a dejarnos renovar mediante una espiritualidad misionera.

- 8.1. *Cuidar la relación personal con Dios.* Cada uno de nosotros debe emprender una peregrinación interior para redescubrir la esencia del ser cristiano: *la relación personal y transformadora de la vida con Jesucristo*, la llamada al seguimiento y la vida en conformidad con Jesús. Solo una relación con Dios vivida y experimentada puede superar el egoísmo humano y la tentación de centrarse en el “yo”.
- 8.2. *Fijos los ojos en Jesús, el que inicia y consume la fe.* Es vocación de los cristianos salir siempre de nuevo, estar siempre en camino, esforzarse sin cesar por asemejarse a Cristo. Solo si estamos verdaderamente “enamorados” del Señor, tenemos la fuerza y motivación necesaria para llevarlo a los hombres.
- 8.3. *Estar abiertos a los dones del Espíritu.* El Espíritu de Dios, que actúa en nosotros, nos hace generosos y nos libera de una actitud espiritual de aislamiento. El Espíritu Santo concede sus dones al individuo para la edificación de la Iglesia. De ahí que toda espiritualidad misionera implique que los creyentes nos reconozcamos unos a otros los carismas, entendiéndolos como complementarios.
- 8.4. *Defender con convicción la propia misión.* Somos enviados al mundo como mensajeros de Cristo a iluminar, bendecir, vivificar, levantar, sanar, liberar. La misión sólo puede tener éxito con personas interiormente convencidas y conmovidas por el mensaje de Cristo. La evangelización tendrá éxito allí donde los cristianos vivamos la fe con alegría y convicción interior.
- 8.5. *Ser unos para otros compañeros de camino en la fe.* La relación interior de cada creyente con Cristo es la fuente de energía para hacer realidad la visión de una Iglesia abierta y vuelta hacia las personas. Podemos convertirnos en una Iglesia invitadora, abierta y acogedora si todos y cada uno de nosotros, impregnados por la verdadera catolicidad de la Iglesia y sostenidos por una espiritualidad misionera, desarrollamos una actitud y una cultura de apertura, invitación y acogida.

---

<sup>26</sup> En este apartado sigo fundamentalmente a G. Augustin, *op. cit.*, 149-168.



- 8.6. *Estar agradecidos por lo bueno que hay en la Iglesia.* En la *Evangelii gaudium*, el Papa Francisco no solo dirige una mirada franca a las tentaciones y debilidades de la Iglesia, sino que también acentúa la positiva contribución que la comunidad eclesial realiza en el mundo actual. De una espiritualidad misionera forma parte el sentirnos gozosos y agradecidos, en aras del Evangelio, por lo bueno y bello que acontece en la Iglesia, así como el dar testimonio de ello.
- 8.7. *Encontrar un nuevo estilo de trato personal.* Una espiritualidad misionera despliega la valentía para la autocrítica y para un auténtico examen de conciencia en vez de achacar la culpa a “los otros” o a “la Iglesia”. Todos deseamos con razón una Iglesia auténtica, humilde, sencilla y creíble. Este deseo se cumplirá cuando cada uno de nosotros, cada creyente y cada persona comprometida en la Iglesia, viva su condición cristiana de manera auténtica, humilde, sencilla y creíble, y, además, dé testimonio de ello.
- 8.8. *Vivir el espíritu de servicio.* La espiritualidad misionera encuentra el criterio de su autenticidad en el espíritu de servicio, en una motivación que nace del conocimiento interior y en un sentimiento de responsabilidad personal por la difusión del Evangelio. Todos debemos estar al servicio de la evangelización y, en consonancia con su ministerio y su posición, hacerse transparentes para Cristo, ser portadores de Cristo. Cuando Francisco critica la “mundanidad espiritual” se refiere al cultivo de las propias vanidades bajo capa de religión. Hemos de estar dispuestos a transformar con la ayuda del Espíritu Santo esta mundanidad espiritual en un humanitarismo espiritual.
- 8.9. *Encontrar a Cristo en los pobres.* Decía san Juan Pablo II que “si verdaderamente hemos partido de la contemplación de Cristo, tenemos que saberlo descubrir sobre todo en el rostro de aquellos con los que él mismo ha querido identificarse. El texto de Mt 25, 35-46 no es una simple invitación a la caridad: es una página de cristología, que ilumina el misterio de Cristo” (*NMI*, 49). En esta llamada a reconocerlo en los pobres y sufrientes se revela el mismo corazón de Cristo, sus sentimientos y opciones más profundas, con las cuales todo santo intenta configurarse (*GE*, 96). “Por eso, dice el Papa Francisco, quiero una Iglesia pobre para los pobres” (*EG*, 198).
- 8.10. *Hacer discernimiento de espíritus.* De una espiritualidad misionera forma parte el discernimiento de espíritus con ayuda del Evangelio. “¿Cómo saber si algo viene del Espíritu Santo o si su origen está en el espíritu del mundo o en el espíritu del diablo? La única forma es el discernimiento, que no supone solamente una buena capacidad de razonar o un sentido común, es también un don que hay que pedir. Si lo pedimos confiadamente al Espíritu Santo, y al mismo tiempo nos esforzamos por desarrollarlo con la oración, la reflexión, la lectura y el buen consejo, seguramente podremos crecer en esta capacidad espiritual” (*GE*, 166).
- 8.11. *Resistir las tentaciones.* Como hijos de nuestro tiempo, sucumbimos sin cesar a tentaciones que restan fuerza de irradiación a nuestro mensaje. Esto vale en especial medida para los agentes de pastoral. De una espiritualidad misionera forma parte el reconocer estas tentaciones, resistirse a ellas y hacerles frente, viviendo por completo de la fuerza de la fe en el Espíritu de Jesús y poniéndonos

conscientemente a disposición del Señor, a fin de que Él pueda tomarnos a su servicio como instrumentos suyos.

8.12. *Descubrir la fuerza de la oración de petición.* “Hay una forma de oración que nos estimula particularmente a la entrega evangelizadora y nos motiva a buscar el bien de los demás: es el intercesión” (EG, 281). La oración de petición es una forma especial de salir de sí, de estar junto al otro y de relacionar con Dios la vida del otro. Todo cristiano puede ejercitarse en esta forma de oración y, de este modo, acompañar interiormente la actividad misionera de la Iglesia.